

la vió, se arrojó sobre ella, y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta, con tanta fuerza que, viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir á lo hondo del rio, llevándose tras sí al caballero, que nunca la quiso soltar; y, cuando llegaron allá abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla; y luego, la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas de cosas, que no hay mas qué oír! ¡Calle, señor! que, si oyese esto, se volvería loco de placer: ¡dos higas para el Gran Capitan y para ese Diego García que dice!" Oyendo esto Dorotea, dijo callando á Cardenio: "Poco le falta á nuestro huésped para hacer la segunda parte de Don Quijote.—Así me parece á mí, respondió Cardenio; porque, segun da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni mas ni menos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos.—Mirad, hermanos, tornó á decir el cura, que no hubo en el mundo Félixmarie de Hircania, ni Don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan, porque todo es compostura y ficción de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto que vos decís de entretener el tiempo, como lo entretienen, leyéndolos, vuestros segadores; porque, realmente, os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él.—Á otro perro con ese hueso, respondió el ventero; ¡como si yo no supiese cuántas son cinco, y adónde me aprieta el zapato! no piense vuestra merced darme papilla, porque, por Dios, que no soy nada blanco: ¡bueno es que quiera darme vuestra merced á entender que, todo aquello que estos buenos libros dicen, sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real! ¡como si ellos fueran gente que habian de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamientos, que quitan el juicio!—Ya os he dicho, amigo, replicó el cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y, así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos, para entretener á algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir, y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguna destos libros; y, si me fuera lícito ahora, y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas, acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho, y aun de gusto, para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo; y, en este entretanto, creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avenid con sus verdades ó mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no cojeeis del pié que cojea vuestro huésped Don Quijote.—Eso no, respondió el ventero, que no seré yo tan loco que me haga caballero andante; que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros."

Á la mitad desta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que habia oído decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras, y propuso en su corazón de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo, y que, si no salía con la felicidad que él pensaba, determinaba de dejalle, y volverse con su mujer y sus hijos á su acostumbrado trabajo. Llevábase la maleta y los libros el ventero; mas el cura le dijo: "Esperad, que quiero ver qué papeles son esos, que de tan buena letra están escritos." Sacólos el huésped, y, dándoselos á leer, vió hasta obra de ocho pliegos, escritos de mano, y al principio tenían un título grande, que decia: *Novela del Curioso Impertinente*. Leyó el cura para sí tres ó cuatro renglones, y dijo: "Cierto que no me parece mal el título desta novela, y que me viene voluntad de leella toda." Á lo que respondió el ventero: "Pues bien puede leella su reverencia, porque le hago saber que, á algunos huéspedes que aquí la han leído, les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras; mas yo no se la he querido dar, pensando volvérsela á quien aquí dejó esta maleta olvidada, con estos libros y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algun tiempo; y, aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fe que se los he de volver; que, aunque ventero, todavía soy cristiano.—Vos teneis mucha razon, amigo, dijo el cura; mas, con todo eso, si la novela me contenta, me la habeis de dejar trasladar.—De muy buena gana," respondió el ventero. Mientras los dos esto decian, habia tomado Cardenio la novela, y comenzado á leer en ella; y, pareciéndole lo mismo que al cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen. "Sí leyera, dijo el cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer.—Harto reposo será para mí, dijo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aun no tengo el espíritu tan sosegado, que me conceda dormir cuando fuera razon.—Pues desa manera, dijo el cura, quiero leerla por curiosidad siquiera; quizá tendrá alguna de gusto." Acudió maese Nicolás á rogarle lo mismo, y Sancho tambien; lo cual visto del cura, y entendiendo que á todos daría gusto, y él le recibiría, dijo: "Pues así es, esténme todos atentos, que la novela comienza desta manera: